

## PAQUEBOTE

JOSÉ CARLOS LLOP

## La cultura como maleta

El duque de Saint-Simon, en sus *Memorias*, habla de un tal Mongibault que, tras varios años de guerrear en Flandes, se construyó un castillo en Courcelles. Allí acabó sintiéndose una especie de Ciudadano Kane *avant la lettre*, ridículo por haber sustituido «las armas por las puertas, chimeneas y artesanados». Lo cuenta Paul Morand en sus *Diarios* al recordar que el *château* de Courcelles fue demolido a finales de la Gran Guerra y que su cuñado Jean adquirió la escalera de piedra y un artesanado.

No sé si Dominique de Courcelles descende de ese caballero Mongibault del que habla Saint-Simon, pero en *Viaje de hierba y de lluvia* –título que parece el verso de una canción irlandesa– cita con tal aplomo a Calderón que sólo se entiende si se procede de la aristocracia militar y hace cerca de un siglo que se ha perdido la casa familiar. O de alguien que de la visión mística ha tallado sus lentes de Spinoza. No he conocido a nadie que se llevara de viaje una obra de Calderón de la Barca: Dominique de Courcelles lo hace sin despeinarse.

Pero ahí detrás también están Montaigne, Rilke, Chopin, el maestro Eckhart, Robert Walser o la poesía china; por citar sólo a algunos. De Courcelles emprende el viaje hacia un lugar que sólo el viajero puede crear a través de su particular mirada sobre lo que nos hace y lo que hemos hecho con nosotros mismos. O de otra forma: la cultura como una maleta inseparable y el paisaje como un reflejo de la armonía del mundo que hay que saber buscar. «Una de las condiciones fundamentales para conocerte a ti mismo es viajar por la mente de otros», aseguraba en una entrevista reciente.

Y decía también que el agua, para los místicos, «representaba la fluidez sin fin». La hierba y la lluvia: su viaje en busca de una armonía secreta y callada, que bebe en las voces de los otros y en la generosidad de la naturaleza. Se trata de convertir en trascendente lo cotidiano para hacer que lo cotidiano sea trascendente. Los símbolos están ahí. Basta con entenderlos. Y mientras la naturaleza aporta su hermenéutica, la cultura viste la soledad al margen del nihilismo contemporáneo y su reduccionismo suicida. La belleza y la verdad surgen entonces como un destilado.

Un libro delicioso publicado por Alpha Decay, esa pequeña editorial barcelonesa dirigida por Diana Zaforteza y Enric Cucurella, cuyos ensayos combinan a partes iguales rigor intelectual, una mirada singular y cierta heterodoxia respecto a los hábitos al uso. ■



«LA CARTA A LOS ROMANOS» DE SAN PABLO (EN LA IMAGEN VISTO POR EL GRECO) ES OBJETO DE ANÁLISIS POR PARTE DEL ENSAYISTA ITALIANO



## EL MESIANISMO DA QUE PENSAR

EL TIEMPO QUE RESTA  
GIORGIO AGAMBEN

TRADUCCIÓN DE ANTONIO PIÑERO  
TROTTA. MADRID, 2006  
183 PÁGINAS, 12 EUROS

## RAMÓN RODRÍGUEZ

Se acusa con frecuencia al pensamiento filosófico de vivir pendiente de sí mismo, de mirar ante todo a su propia tradición y poco al mundo que le rodea. Pero cuando se eleva este, a veces justificado, reproche, se sobreentiende siempre que el defecto procede del escaso diálogo de la filosofía con las ciencias, pero nunca o casi nunca, con otras tradiciones, por ejemplo, las que representan las grandes religiones. Incluso en el interior del pensamiento cristiano, el afrontamiento directo de los escritos bíblicos como textos que dan que pensar es escasísimo, si se compara con la abundancia de referencias a sus propios clásicos, Santo Tomás o San Agustín.

Para la educación filosófica habitual el discurso religioso es siempre

«otra cosa». Resulta por ello estimulante y, ¿por qué no decirlo?, gratificante, acercarse a un libro de filosofía que se presenta, sin tapujos, como un comentario a la *Carta a los romanos* y que es además fruto de un seminario académico.

**DOS INTERESES.** No le faltan a Agamben ilustres antecedentes, como el Heidegger del curso sobre Fenomenología de la religión, pero no cabe duda de que es su cercanía al pensamiento judío lo que le permite esta desusada empresa. ¿Por qué San Pablo y la *Epístola a los romanos*? La lectura del libro deja la impresión de

UNA ESPECIE DE LECTURA JUDÍA DE LAS EPÍSTOLAS PAULINAS ATRAVIESA TODO EL TEXTO. SE ECHA DE MENOS UNA CONFRONTACIÓN MAYOR CON LA INTERPRETACIÓN CRISTIANA

que hay en Agamben dos intereses que se entrecruzan: el filosófico –la pretensión de comprender en conceptos la experiencia del tiempo «mesiánico», el tiempo presente, el que vivimos tras la resurrección del mesías y antes de su parusía– y el filológico, que pretende restaurar el «originario» contexto de mesianismo judío de la *Carta a los romanos*, difuminado por la tradición cristiana posterior.

Este segundo interés, una especie de lectura judía de las cartas paulinas, atraviesa todo el texto; se ofrece así una imagen de San Pablo en la que resulta difícil entender cómo pudo llegar a ser ese genuino fundador del cristianismo, que veía Nietzsche, o simplemente el autor de los textos iniciales de la tradición cristiana. Agamben opera como si la larga exégesis cristiana casi no existiera –es llamativo el escaso eco que en el texto tiene el más famoso comentario del siglo XX a la *Carta a los romanos*, el de Karl Barth–, una abstención metódica que se explica, sin duda, por el intento de escuchar las